



Chicuahtli

Tiiliharju

Así se dirigían al muerto, cuando moría [...] lo invocaban como ser divino [...] Si era mujer con el nombre de lechuza, le decían:

*Despierta, ya el cielo se enrojece,
ya se presentó la aurora,*

*ya cantan los faisanes color de llama,
las golondrinas color de fuego,
ya vuelan las mariposas.*

Códice Matritense, testimonios de informantes indígenas de Sahagún



La casa de mi familia está junto al río, cerca hay varios terrenos de cultivo con espacios que se ahogan en profundidad, mezquites y huizaches que parecen abrazarte por las noches; subiendo la colina, el cementerio de encinos que guarecen lápidas; y más arriba, en el cerro de la Santa Cruz, hay un altar que asemeja un encuentro de sacrificios nocturnos al punto lunar. Coyotes bajan al río y aúllan en el oído, calles largas de soledad con una única luz que se extiende a lo largo y ancho, dando vista al final e inicio, y en medio está nuestra casa.

Las noches fueron visitadas por una, dicen, cosa muerta, acaso ser divino, hecho dios, llegada del poniente, de allá donde ya no peregrinan en cuaresma, donde mengua la fugacidad estelar. Ello se posaba en un frondoso aguacatero enraizado en casa, en tierra familiar, observando, abrazando a la luna, acrecentando su sombra.

Rojo, un vecino pelirrojo por la vejez, con hogar próximo al inicio de la soledad empedrada, tenía un viejo sauce en su corral, corroído y moribundo, en el cual reposaban sus tantas gallinas. Luna a luna menguaba una sombra, pescando con oscuridad una gallina tras otra, ya somnolientas de luz, arrulladas por el sauce, pero arrebatadas por el silencio que reposaba en la humedad de las vallas, y se alejaba, en paz, hacia la Santa Cruz.

El espanto de mi familia progresaba conforme escuchaban más cómo en su patio, en alguna cima de un árbol, brotaban, soltaban, estallaban como manantiales, como bandidos, como sacrificios, alaridos que rebotaban en las huertas y callejuelas y techos, y se diluían a los cuartos, a los oídos, a las mentes: gallinas siendo destazadas vivas por las garras de la noche, tripas ondeando al sur, sangre que baña la tierra, plumas que nievan el patio. El sauce se fue quedando solo, solo, su finita juventud, sus flores se marchitaban, las arrancaban, y de ser un sauce rojo, se volvió un sauce llorón.

Rojo y mi familia hartos estaban de no saber de dónde solapaban aquellos gritos y por qué, hasta que Rojo dio cuenta del deceso de huevos diarios. Algunas veces vieron descender una lechuza del cerro y postrarse en la cima de nuestro aguacatero. Furioso de perder una a una sus gallinas, usó su rifle para acabar a lo que consideró un cazador nocturno. Las balas fallaron, aunque milagrosamente lograron ahuyentarla durante aquella gibosa estación.

Otoño posterior, algún incendio agitó los cerros, se miraban más piedras volcánicas en los lienzos, algunos creyeron ver ámbar la luna. Al caer la siguiente madrugada, tejido vivo, fulgor rojizo, se tiñó en el blanco lunar, dramático resplandor en el cerro, alineación ardiente sobre aquel antiguo altar, origen de nacientes pánicos y catástrofes venideras en mi familia. Conscientes del pasado, de las muertes traducidas como sacrificio, y mirando su cielo, sacaron sus conclusiones: una bruja. ¡Eso era, aquello volvió!

Cayó sobre su rutina, observando, desde el silencio de la oscuridad. Para entonces, teníamos perros que cuidaban nuestro patio, pero después de perder a uno y ver cómo su sombra se retorció de dolor, metimos a los otros en los cuartos. Un primo esperó una oportunidad, temeroso, y con una resortera una pedrada erró, aunque la segunda, en plena huida, no. Ella tornó a la caída, creímos, muerta, pero se elevó,

tal vez porque ya la llamaban, ya la invocaban, allá. ¿Acaso venía por nosotros para hacernos sol y luna? Calló la lluvia, hundió la tierra. Brote, aúllo de niños.

Las voces soplaron lo acaecido, humedeciendo las casas. Nadie va más allá del río, si acaso al cementerio, en pleno sol, para no caer en cuevas, al inframundo. Dicen que las auras que toman el sol allá al final de la calle, por los huizaches, son las gentes que la invocaron, por eso pueden salir al sol y son más grandes que los zopilotes que graznan en los campos nocturnos, vigilando desde las copas. No se ha vuelto a ver una lechuza descender, pero el miedo de las gentes no huyó con ella. Ya no sólo se escuchan coyotes aullar, sino que también caen sombras desde el cerro que exhalan ecos de un desmiembre en los oídos de la gente.



Naturaleza en descomposición: Alas vencidas, muerte inminente, Alberto Sustaita Muñoz.